ecciones de amor

6168

LA HISPANO-CUBANA.
Establecimiento literario comercial,
de los señores Gullon, Lujan y Franco.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.



MADRID.

Imprenta de la **Viuda de D. R. J. Dominguez,**
calle de Hortaleza núm. 67.
1850.

9

OBRAS PUBLICADAS.

La creacion del mundo y el diluvio universal.
¡Es un ángel!
Trabajar por cuenta agena.
La gloria del arte.
Juan sin tierra.
Don Sancho el Bravo.
Para heridas las de honor ó el desagravio del Cid.
Mi mamá.
El 5 de agosto.
Los amantes de Chinchon (*parodia de los Amantes de Teruel*).
Juan sin pena.
El ensayo de una ópera, (*zarzuela*).
Un dómine como hay pocos.
Las guerras civiles.
Traidor, inconfeso y mártir.
La banda de la condesa.
Nobleza contra nobleza.
Un amor a la moda.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
La madre de san Fernando.
Los amantes de Teruel.
Un page y un caballero.
Don Bernardo de Cabrera.
Arcanos del alma. (*1.ª parte*).
Una falta.
Las flores de don Juan ó pobre y rico trocados.
Con razon y sin razon.
Lecciones de amor.
De audaces es la fortuna.
Las apariencias.

LECCIONES DE AMOR.

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON BRAULIO RAMIREZ.

Representada con aplauso en el Teatro de la Comedia.



MADRID: 1850.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67.

PERSONAGES.

La marquesa.
Doña Ines, *su hija.*
Don Blas.
Clara.
Don Alberto.
El vizconde.



La escena pasa en Madrid en casa de la marquesa.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado.—Puerta en el foro y á la izquierda.—Otra secreta al lado opuesto.—Un tocador á la izquierda y un sofá á la derecha en primer término.

La misma decoracion en todos los actos.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA, *y* CLARA *arreglándole el peinado.*

CLARA. Pongo á usted algunas flores?
MARQUESA. Sean unas violetas
que dicen bien á mi estado
y soy partidaria de ellas.
CLARA. En ese caso, mantilla?
MARQUESA. Sí, que no voy de etiqueta.
CLARA. Están bien?
MARQUESA. Perfectamente. (*Se pone la mantilla.*)
Con lo que digo ten cuenta:
si viene alguna visita,
que mi hija la entretenga,
porque voy al ministerio
y al momento doy la vuelta.

CLARA. Muy bien.
MARQUESA. Mira si en la calle
está ya la carretela,
y avísame en el momento. (*Váse Clara*).

ESCENA II.

MARQUESA.—DON BLAS, *luego* CLARA.

BLAS. Oh! mi señora marquesa!
MARQUESA. Tanto bueno por mi casa?
BLAS. Si la causo á usted molestia,
me retiro.
MARQUESA. No por cierto;
usted nunca me molesta.
Hoy no hay congreso, don Blas?
BLAS. Igual que sino lo hubiera,
pues no habiendo votaciones
en que dar mi voto tenga,
menos falta hago yo allí
que los perros en la iglesia.
MARQUESA. Luego...
BLAS. Soy de los que callan
en las cortes.
MARQUESA. Por sistema?
BLAS. Estaria mejor dicho
por mi propia conveniencia.
¿Ha hecho usted la indicacion
á Inesita?
MARQUESA. Lo he hecho á medias:
es decir, la he preparado
para que no se sorprenda;
diciéndola que es preciso
que siente ya la cabeza,
porque la flor de sus años
que hoy tan lozana se ostenta,
dulcemente acariciada
por tantos como la obsequian,
puede hollada verse pronto
como la flor que se seca.
BLAS. No, amiga mia, no es tanto
el peligro que la cerca.

Aun es una criatura
lozana, cándida, tierna,
para quien yo, se lo juro
con toda el alma, marquesa,
poseer desearia,
no ya escesivas riquezas,
porque gracias á mi suerte
no debo de tener queja,
sino el imperio del mundo
para ofrecérselo á ella.

MARQUESA. Señor don Blas, tal deseo
le hace honor, le recomienda
para que en sus pretensiones
con mas gusto le proteja.

BLAS. Podré temer un desaire?

MARQUESA. No se le ocurra esa idea.

BLAS. Como la edad...

MARQUESA. Eh! qué importa?
en cambio... (tienes pesetas
que son las que á ella le faltan)
en cambio tiene usted prendas
que le honran.

BLAS. Oh! gracias, gracias:
temo sin embargo que ella...
porque francamente, amiga,
la causará á usted sorpresa;
pero yo, que nunca, nunca
he dado en esa ocurrencia
de enamorarme, y que siempre
se ha empleado mi cabeza
en ver como aumento al año
cien mil reales á mi renta,
el celibato me cansa,
y el corazon se rebela
cuando á Ines miran mis ojos
tan graciosa y hechicera.

MARQUESA. ¿Posible es que no hallase otra
allá en Castilla la Vieja?

BLAS. Oh! no: se lo juro á usted...
y no se ria, marquesa,
desde que usted tan propicia
á mi pretension se muestra,

ya me creo con derecho
su conducta á reprenderla.

MARQUESA. Su conducta?

BLAS. Sí, señora.

MARQUESA. Le ha hecho á usted alguna ofensa?

BLAS. Eso no precisamente;
mas anoche... ¿usted recuerda
que se cruzó en la tertulia
una suma de onza y media
que yo perdí?

MARQUESA. Sí; en efecto.

BLAS. Pues fue por mirarla é ella
que en un rincon conversaba
con una estraña afluencia,
con un títere sin seso,
de estos *dandys* de comedia,
de bigote retorcido
y patilla de chuleta.

MARQUESA. Y usted por eso...

BLAS. Cabal.
Me estaba dando soberbia,
pues por mas señas que hacia...

MARQUESA. Eso no vale la pena.

BLAS. Es que yo ví cierta cosa
que á decir verdad, me inquieta.

MARQUESA. Qué vió usted?

BLAS. Darla un papel
con disimulo.

MARQUESA. No tema
el señor don Blas por eso
cuando con mi apoyo cuenta.

BLAS. Me asegura usted?...

MARQUESA. Pues no!
esas cosas se desprecian:
su edad lo disculpa todo:
merece alguna indulgencia.

CLARA. Señora, está el carruage.

BLAS. Que no sirva de molestia:
si estorbo á usted, me retiro
con su permiso, marquesa.

MARQUESA. No; si voy al ministerio
para ver si en paz me dejan

con darme catorce pagas
de cinco años que me restan.
La viudedad; usted sabe
que mi esposo el marques, era
consejero de Castilla...

BLAS. Ah! sí; mi mente recuerda...
pero eso por el camino,
porque tambien voy, marquesa,
como usted al ministerio
á ver si cumplen la oferta
de colocar mi sobrino
en Filipinas ó América.

MARQUESA. Pero Alberto?

BLAS. Sí señora:
se le ha puesto en la cabeza
que ha de ser en Ultramar,
y al fin se saldrá con ella.

MARQUESA. Qué capricho! cónque... vamos?

BLAS. Cuando usted guste, marquesa.

ESCENA III.

INES *por la puerta de la izquierda con un elegante álbum en la mano.*

INES. Mamá!.. calla! no está aquí:
juraria haberla oido,
pero sin duda ha salido
y mucho mas vale así.
Porque sino tornaria
con su tema á fastidiarme
volviendo á que he de casarme,
y erre que erre en su manía.
Qué capricho de Luzbel!
¿quién me manda esclavizar
y en mis dulzuras mezclar
del matrimonio la hiel?
Casarme! idea espantosa!
¡será el amor del esposo
tan frio y empalagoso!
un amor de tanta prosa!
Esto es vivir á placer:

no sé como hay quien prescinda
siendo como yo, algo linda,
de este indomable poder.
De esto de oir á los sábios
flores que no tienen precio,
ó escuchar á un tonto ó necio
con la sonrisa en los labios.
Esto es un placer sin nombre,
y mas si la mente acuerda
que intentan que yo le pierda
esclavizándome á un hombre.
Muchos de modos diversos
me encarecen su pasion,
ya en una linda cancion (*Señalando el álbum.*)
ó ya en inspirados versos.
Y aunque de distintos modos
todos ellos se producen,
lo cierto es que me seducen
y escucho con gusto á todos.
(*Se sienta y deja el álbum sobre el sofá.*)
Pero sin embargo... ay tal?
yo no sé si es aprension
que el pícaro corazon
ya quiere hacerse parcial.
Habla á una el vizconde al alma
y escribe de tal manera,
que yo creo... bueno fuera
que á alterar venga mi calma.
Eh! no se rinde mi cuello
tan fácilmente á Cupido.
Sí, darémoslo al olvido,
no quiero pensar en ello.
Oigo pasos: si será?
dijo ayer que cualquier dia
la oferta aprovecharia
que le tiene hecha mamá,
y no sé... (*Acercándose al foro.*) suben de cierto:
si estará bien que yo aguarde?
acaso mamá no tarde...
(*Aparece Alberto.*)
ah! que no es él! don Alberto!..

ESCENA IV.

INES.—ALBERTO.

ALBERTO. Estoy hermosa Inesita
á sus pies.
INES. Beso su mano.
ALBERTO. Perdon si es algo temprano
para venir de visita:
pero es tanta la impaciencia
que de hablarla á solas siento...
INES. Sí? Pues tome usted asiento
si gusta.
ALBERTO. Con su licencia.
INES. Diga usted, que ya le escucho.
ALBERTO. Empiezo, pues, á decir
que yo no puedo vivir
con la zozobra en que lucho.
Quiso mi feliz estrella
que amando á usted desde niño,
se grabara del cariño
la mas insondable huella.
Y hoy que no solo me escita
de mi pasion el esceso...
INES. (*Riéndose.*) A dónde va usted con eso?
ALBERTO. Se rie usted, señorita?
INES. ¿Es declaracion formal
la que hacerme se propone?
ALBERTO. Sí, Inesita, se supone:
es franca, noble y leal.
Y ya que hoy quiere el destino
sobre mi frente lucir;
hoy que veo al porvenir
abrirse un ancho camino,
quiero hacer mi confesion
sea cual fuere su sentencia,
y ofrecerla la existencia
en prueba de mi pasion.
Quiero probar, si es posible,
que aquel infantil cariño,
no es ya el aprecio de un niño,
sino amor inestinguible.

Tan puro como el aroma
que brota la flor en Mayo, (*Ines toma el álbum.*)
tan ardiente como el rayo
que el sol del zenit desploma.
Tan intenso...

INES. (*Presentándole el álbum.*) No, adelante;
no olvide usted lo que ha dicho.

ALBERTO. Señorita!

INES. Es un capricho:
está usted edificante.

ALBERTO. Mas... qué es esto?

INES. Quiero yo
que hoy que está tan inspirado,
mi álbum se vea honrado...

ALBERTO. Se burla usted?

INES. Eso no.
Para burlarme, podría
valerme de tal recurso,
si me encanta ese discurso
tan lleno de poesía?

ALBERTO. La quiero á usted demasiado
para no creer que es chanza,
y aun abrigo la esperanza
de ser Ines, escuchado.
Francamente, usted me ama?

INES. Le quiero á usted, quién lo duda?

ALBERTO. Tal respuesta no me escuda.

INES. Y usted cuál otra reclama?

ALBERTO. Perdóneme usted que ufano
á demandarla me arroje...

INES. Qué, vamos?

ALBERTO. Oh! no se enoje.

INES. Qué demanda usted?

ALBERTO. Su mano.

INES. (*Indignada.*) Don Alberto!

ALBERTO. Señorita!

INES. Oh! qué audacia!

ALBERTO. Audacia, Ines?

INES. Ahí tiene usted lo que es,
que en casa se le permita.
Usted que ha poco llegó
de su villorrio ó ciudad,

y que una franca amistad
en esta casa encontró,
¿concibe en su desvarío
que eso y mas se le tolera
por la amistad verdadera
que se profesa á su tio?
¿O quizá se ha figurado
que mi orgullo se esclaviza,
y que á todo le autoriza
el título de abogado?

ALBERTO. Es que ya no es mi desgracia
tan...

INES. Cállese usted le digo,
si quiere que como amigo
aun le conserve en mi gracia.

ALBERTO. Hoy me van á conceder...

INES. Ser juez de primera instancia?
es motivo de jactancia,
le debe de envanecer.
Eh! si no quiere enojarme,
olvide su pretension,
pues no tengo inclinacion
para tan pronto casarme.
Y cerremos el capítulo
y acabemos de una vez,
de casarme yo, no á un juez,
sino que eligiera á un título.
(*Dirigiéndose á la puerta lateral.*)
Vea usted, pues, como fragua
su plan...

ALBERTO. Mi amor me provoca
y mi pasion...

INES. Se sofoca
con beber un vaso de agua.

ESCENA V.

ALBERTO.

Y así me dejas cruel!...
yo que lleno de confianza
trage una dulce esperanza,

verla convertida en hiel!
Oh! fue humana peripecia
para que al hombre envenene,
no amar al que amor nos tiene,
y amar al que nos desprecia.
Yo sabré, pues, que me incita
castigar su orgullo fiero.

ESCENA VI.

ALBERTO.—EL VIZCONDE, *y* CLARA *que entra por la puerta de la izquierda.*

CLARA. Espere usted, caballero:
llamaré á la señorita.
VIZCONDE. Amigo Alberto!
ALBERTO. Vizconde!
VIZCONDE. Conoce usted la marquesa?
no sabia... qué sorpresa!.
algun misterio se esconde?
Si estorbo...
ALBERTO. Oh! no; me deleito
en verle (de ira me abraso).
VIZCONDE. Le trae algun pleito acaso?
ALBERTO. Si señor, me trae un pleito.
VIZCONDE. Pues la marquesa, respondo
de que saldrá felizmente,
porque es usted elocuente,
un letrado de gran fondo.
ALBERTO. Mil gracias.
VIZCONDE. En ese punto
hay que hacerle á usted justicia,
pues merced á su pericia,
salí tan bien de mi asunto.
Usted supo buscar modo
de arreglarlo con tal arte...
ALBERTO. La ley era de su parte.
VIZCONDE. En eso... habia de todo.
En fin, variando de objeto,
pues franco ha sido conmigo,
le diré á usted, caro amigo,
que aquí me trae un secreto.

Puedo hablarle sin reparo?

ALBERTO. Usted, vizconde, lo duda?

VIZCONDE. A la hija de la viuda...
la conoce usted?

ALBERTO. Es claro.

VIZCONDE. Y qué tal? será instantáneo
conseguir... la chica es blanda.

ALBERTO. (Viendo estoy si se desmanda
que voy á romperle el cráneo.)
Cónque es blanda?

VIZCONDE. Vaya si es!
me cautiva su gracejo,
y aunque es chica de despejo,
creo que al cabo...

ALBERTO. Sí, pues.

VIZCONDE. Si á ir conmigo esta noche
de máscaras la reduzco,
creo amigo que me luzco:
nos metemos en un coche...
y como que es tan inquieta...

ALBERTO. Sí.

VIZCONDE. Casi ella misma labra
la senda...

ALBERTO. En una palabra,
Ines es una... coqueta,
no es así?

VIZCONDE. ¿Le causo enojos
con lo que le voy diciendo?
amigo mio, estoy viendo
que echa chispas por los ojos.
Será acaso su trapillo?
su novia? ji! jí! que gracia!

ALBERTO. (Sino castigo su audacia
me va á dar un tabardillo.)
Señor vizconde!

VIZCONDE. Qué diablo!
si usted la ama, yo tambien:
veamos quien vence á quien...

ALBERTO. (*Amenazándole.*) Sino fuera... guarda Pablo.

VIZCONDE. Me amenaza? oh! no perdono.
(*Le arroja un guante.*)

ALBERTO. (*Le va á coger y arrepentido le da un puntapie.*)

Eh! desisto de mi idea.

VIZCONDE. No admite?

ALBERTO. Cuando usted sea
un hombre. (*Retirándose.*)

VIZCONDE. Y qué soy?

ALBERTO. Un mono.

(*Váse por la derecha.*)

ESCENA VII.

EL VIZCONDE.

Eso es propio de cobarde.
Eh! curial de tres al cuarto!
Me quedo: si tras el parto...
Quizá Inesita no tarde.
Qué jóven de tan mal tono!
qué imprudente! qué incivil!
llamarme... bestia cerril! (*Mirándose al espejo.*)
En qué me parezco al mono?

ESCENA VIII.

EL VIZCONDE.—INES, *y* CLARA *que se retira por el foro.*

INES. Señor Vizonde...

VIZCONDE. Inesita...

INES. Perdone usted si he tardado.

VIZCONDE. Ya mi pena se ha ahuyentado
al verla á usted, señorita.

INES. Pero ese rostro me mueve
á creer... qué le ha ocurrido?

VIZCONDE. Nada, Ines.

INES. ¿Qué ha sucedido
vizconde?

VIZCONDE. Una cosa leve.
Que á un hombre lo mas inculto,
lo mas bárbaro y soez,
le ocurrió la avilantez
de dirigirme un insulto.
A mí, que siendo una malva
me incomodo por un tris,

y por un grano de anís
mato al lucero del alba.

INES. ¿Pero quién tal desacato
en mi casa ha cometido?

VIZCONDE. Qué sé yo? un entremetido,
un farsante, un mentecato.

INES. ¿Por ventura era ese necio
que há un momento estaba aquí?

VIZCONDE. Un tal Alberto.

INES. Sí, sí,
mírele usted con desprecio:
aunque es audaz como él solo.

VIZCONDE. Presumido si segundo.

INES. Cree no hay otro en el mundo
desde un polo al otro polo.

VIZCONDE. Y qué le trae por aquí?

INES. Si usted supiera!

VIZCONDE. Pues luego!

INES. Me confiesa que está ciego,
loco de amores por mí.

VIZCONDE. Eso mas? Quién le ingirió...

INES. Un buen viejo tio de él
y de papá amigo fiel,
tiempo ha le recomendó.
Y él presume de tal modo,
tal se ha llegado á engreir...

VIZCONDE. Que al cielo quiere subir
debiendo andar por el lodo.

INES. Qué bien!

VIZCONDE. Sino se avasalla
de esta gente la osadía,
nos pisan cualquiera dia.

INES. Son soberbios.

VIZCONDE. Son canalla!
Y bien, belleza tiránica,
¿ha leido usted la erótica
que de una manera... exótica
trazó mi pasion volcánica?..
Calla usted?... Ese rubor
sienta bien á una beldad,
pero ya es necesidad
que hablemos de nuestro amor.

Me ama usted?.. oh! en esos ojos
lo que me oculta adivino,
que en su rostro peregrino
no rebosan los enojos.

INES. Sí, vizconde: me figuro
que amo á usted. Oh! no se engria,
porque no sé todavia
lo que es amar, se lo juro.

VIZCONDE. Qué ocurrencia!

INES. Si es amar
esa dulce inclinacion
que halagando el corazon
un hombre suele inspirar,
diré á usted fuera de engaño,
por mas que le cause dolo,
que amor no tengo á uno solo:
lo confieso por mi daño.
Uno por bella me acata,
otro halaga mi amor propio,
y á mí me parece impropio
con alguien mostrarme ingrata.
Pero si amar es sentir
una profunda emocion,
palpitar el corazon
y con zozobras vivir,
por todas partes buscar
lo que á los ojos se esconde,
en ese caso, vizconde,
con mi amor puede contar.

VIZCONDE. Bien por Dios, bella Inesita:
se deja usted comprender
como lo pudiera hacer
la jóven mas erudita.
Permítame usted que ufano
mi regocijo la esprese... *(La besa la mano.)*

INES. Ah! qué atrevimiento es ese?

VIZCONDE. No es mas que un beso en la mano.
Se ofende usted sin razon.

INES. Que no vuelva á suceder.

VIZCONDE. Oh! se debe conceder
á mi profunda pasion.
Y aunque usted lo tome á audacia

tal es mi amoroso anhelo,
que no me alzaré del suelo (*Arrodillándose.*)
sin que me otorgue una gracia.

INES. Gracia! y cual por Belcebú?
dígalo usted al instante.

VIZCONDE. Que desde aquí en adelante...

INES. Qué?

VIZCONDE. Nos llamemos de tú.
(*Ruido de carruage.*)

INES. La carretela!

VIZCONDE. Responde.

INES. Mamá viene. (Cielo santo!)
Alce usted.

VIZCONDE. No me levanto
sin...

INES. (*Con ternura.*) Levántate vizconde.

VIZCONDE. (Triunfé! ya basta por hoy:
esto marcha á la carrera.)

INES. Ah! ya suben la escalera.

VIZCONDE. Y yo por donde me voy?

INES. Marcharse?

VIZCONDE. A poder salir
sin que mamá se aperciba,
de buen grado á casa me iba
porque aun estoy sin vestir.

INES. Pues yo le diré por donde
supuesto que eso le inquieta:
por esta puerta secreta.

VIZCONDE. Hasta luego. (*Váse por la puerta derecha.*)

INES. Adios vizconde.

ESCENA IX.

LA MARQUESA.—INES *hojeando el álbum.*—CLARA.

MARQUESA. Qué estás haciendo hija mia?

INES. Leyendo estaba un *idilio*
del álbum.

CLARA. (*Quitando la mantilla á la marquesa.*)
(Calla! ¿y ese hombre
por dónde diablos se ha ido?
ah! por la puerta secreta,

miren ustedes los pícaros!) (*Vase.*)

INES. Y tú, te has paseado mucho?

MARQUESA. He estado hablando al ministro
y al fin creo lograremos
cobrar aquello.

INES. Magnífico!
Cómo tales esperanzas?

MARQUESA. Porque don Blas fue conmigo,
y como que es diputado
ministerial...

INES. Ya concibo.

MARQUESA. Despues á tomar el sol
fuera de puertas nos fuímos.

INES. Con don Blas, por decontado?

MARQUESA. Cierto: es un hombre tan fino...
y entre tanto, ¿á qué no sabes
de qué hemos hablado?

INES. Digo!
cómo es posible?...

MARQUESA. De amores.

INES. Tiene amores?

MARQUESA. Perdidísimo.

INES. Já! já! já! quizás pretenda
ser tu esposo el pobrecillo.

MARQUESA. Y eso qué? ¿sería acaso
pretenderlo algun delito?

INES. No, mamá.

MARQUESA. Como te ríes...

INES. Con reirme nada digo:
anda, cásate, mamá;
dame un dia divertido.

MARQUESA. Por hoy de mí no tratemos,
sino es de tí.

INES. Qué capricho!
Ya vuelves á las andadas?

MARQUESA. Escucha Ines.

INES. Qué fastidio!

MARQUESA. Yo que estoy entrada en años
y de ilusiones no vivo,
sé que en el valle de lágrimas
ya soy un viejo arbolillo.
Mañana quizá á la muerte

pague el tributo debido,
y qué será de tí entonces?
sin parientes... sin amigos... (*Ines se enjuga los ojos.*)
Te enterneces? oh! no quiero
empañar el dulce brillo
de tus ojos, hija mia;
quiero fijar tu destino:
hacerte feliz, entiendes?

INES. Y no lo soy ya contigo?

MARQUESA. Qué inocente! Eso no basta
porque es en estremo efímero.
¿Tienes bienes de fortuna
que heredar? ¿Te basta un título
para vivir en el mundo?
No hija mia, no; un marido
que te haga honor, rico, honrado,
y sobre todo de juicio,
para que, si por desgracia
faltase, deje previsto
el porvenir ante todo
de su mujer y sus hijos.

INES. Qué cosas tienes mamá!
ya estás pensando en chiquillos.

MARQUESA. Si es lo primero que llega;
y casi me regocijo
en ver á mi alrededor
á dos ó tres nietecitos,
aunque me llamen abuela,
y aunque me llamen vestiglo.

INES. Quieres callar?

MARQUESA. Ya me callo;
pero hija mia, es preciso
que decidas, pues el pobre
lo espera con tanto ahinco...

INES. Tú qué dices? ¿ya has pensado
quién va á ser el escogido?

MARQUESA. Por supuesto, no lo sabes?

INES. Hasta ahora no me has dicho...

MARQUESA. El señor don Blas.

INES. Qué escucho!
El señor don Blas?

MARQUESA. El mismo.

INES. Pero mamá, ¿te figuras
que me falta algun sentido?
Yo casarme con un viejo?
Con un cadáver? Dios mio!

MARQUESA. Qué estás diciendo, muchacha?

INES. Un cadáver, lo repito,
ó mejor un cementerio
donde enterrarme has querido.

MARQUESA. Un hombre tan poderoso!

INES. Es el mejor atractivo,
no es verdad? Pues no le quiero,
le aborrezco, ya lo he dicho.

MARQUESA. Señorita! ese lenguage...

INES. Mi indignacion lo ha vertido
al escuchar de tu boca
semejante desatino.

MARQUESA. Conque tanto te resistes?

INES. Hasta el último suspiro.

MARQUESA. Hija indómita!

INES. Mamá,
te domina algun delirio
y hasta que cobres la calma,
perdona si me retiro.

(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA X.

LA MARQUESA.—*Luego* CLARA *y despues* DON BLAS *y* ALBERTO.

MARQUESA. ¡Qué tal, si tiene carácter
esa muchacha ó diablillo!
Los años! ese es el crimen:
de nada vale ser rico
ni que sea diputado,
ni... Jesus! qué basilisco!

CLARA. Señora, pueden pasar?

MARQUESA. Quién?

CLARA. Don Blas y su sobrino.

MARQUESA. (Ahora es ella, vírgen santa!
y cómo al pobre le digo?...
Qué locura! Un pez como este
asegurarle es preciso,

pues si se escapa, le espera
tanto anzuelo prevenido!...)

CLARA. Digo que entren?

MARQUESA. A la sala.

CLARA. Aquí están.

MARQUESA. Adios amigos.

ALBERTO. A los pies de usted, señora.

MARQUESA. Adios, Alberto. Yo opino
que entremos en la otra pieza.

BLAS. Es igual. (*Váse por la izquierda.*)

MARQUESA. Sí, les suplico
que me esperen un momento:
voy al instante.

ESCENA XI.

LA MARQUESA.—ALBERTO.

ALBERTO. Es preciso
que me escuche usted, marquesa,
lo que saber la interesa,
para que esté sobre aviso.

MARQUESA. Diga usted.

ALBERTO. Prescindo ahora
de maldecir con despecho
el desaire que me ha hecho
su hija de usted, señora.

MARQUESA. Desaire? cómo? me estraña...

ALBERTO. Sí, marquesa, en su desden
mi amor se estrelló.

MARQUESA. (Qué bien!
ya hay otro moro en campaña!)

ALBERTO. Pero eso al fin no es del caso
para lo que ahora conviene;
sepa marquesa, que tiene
quien la va siguiendo el paso:
quien trata de seducirla
con capa de fiel amigo...

MARQUESA. Don Alberto!

ALBERTO. Lo que digo:
no crea que es por herirla.
Yo respondo de mi aserto

con mi palabra de honor.

MARQUESA. Y quién es ese traidor?

ALBERTO. Eso no lo dice Alberto.

MARQUESA. Dios mio! mi frente se arde!
Es posible?

ALBERTO. Sí, marquesa,
pero yo la hago promesa
de celar á ese cobarde,
y confundirle tambien.

MARQUESA. ¿Usted que por ella ha sido
con un desprecio ofendido?

ALBERTO. Así pago yo un desden.

MARQUESA. De esa virtud no me espanto,
que es usted muy caballero:
aun lograr de mi hija espero...

ALBERTO. No me atreví á pedir tanto.

MARQUESA. Cónque usted gusta de Ines?

ALBERTO. Oh! sí.

MARQUESA. (Al fin no está demas.)
Voy que me espera don Blas.

ALBERTO. Marquesa, estoy á sus pies.

ESCENA XII.

ALBERTO.

Magnífico! sin reparo
acepto su ofrecimiento,
y aunque de tu amor avaro,
ah pobre Ines! te preparo
por cada desprecio un ciento.
Feliz si llego á lograr
el bien que tanto me inquieta,
pero antes me he de vengar,
pues por Dios que he de humillar
la cerviz de una coqueta.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

INES *y el* VIZCONDE *sentados en el sofá.—Luego* CLARA.

VIZCONDE. Imposible me parece
lo que acabas de decir.
Tu mamá, bella Inesita
tiene un alma de Cain.
A tí, que eres mas lozana
que las flores del pensil;
mas suave y mas delicada
que la brisa del jardin;
que tienes mas atractivos
que arenillas de oro el Sil,
casarte con un vetusto
lleno de achaques?

INES. En fin,
todo esto pasó vizconde:
teniéndote al lado á tí,
prescindo de esas locuras
para poder ser feliz.

VIZCONDE. Dices bien; vaya en mal hora
ese viejo puerco espin
con su peluca y sus asmas
y su gota, no es así?
INES. Ciertamente.
VIZCONDE. Fuera el cuadro
de nuestro amor deslucir,
si en su lienzo apareciese
su figura de tapiz.
INES. Qué ocurrencia!
VIZCONDE. Vaya ingrata:
¿no soy dueño de oprimir
en premio de mi cariño
esa mano de marfil?...
Ese silencio Inesita
me está diciendo que sí. (*Se la toma.*)
INES. Ay vizconde! estoy temblando!
mira que van á venir.
VIZCONDE. No temas. La doy un beso?
INES. No: que me marcho de aquí.
CLARA. Señorita...
INES. No lo dige?
CLARA. Don Blas que si entra.
VIZCONDE. Mastin!
á que buen tiempo le ocurre...
INES. Y yo qué le he de decir?
si me niego y toma queja...
VIZCONDE. Pues dígale usted que sí.
NES. Le parece á usted?
VIZCONDE. Pues no?
nos podemos divertir
á su costa; que entre, que entre.
CLARA. (Acabaran con dos mil!..) (*Váse.*)

ESCENA II.

Dichos.—DON BLAS.

VIZCONDE. Aquí está nuestro hombre ya,
BLAS. A sus pies.
INES. Beso su mane.
VIZCONDE. Servidor de usted.

BLAS. Temprano
ha salido hoy la mamá.
(El vizconde é Ines hablan bajo.)
(Sin duda aquí hay gatuperio.)
Si estorbo...

INES. Qué desatino!
que vendrá pronto imagino,
pues solo fue al ministerio.

BLAS. Caramba si es diligente!
esa actividad me asombra:
no deja ni á sol ni á sombra
á ningun bicho viviente.
Y al fin hallará el registro,
pues se da una maña, un arte,
que ya tiene de su parte
desde el portero al ministro.
(Ines y el vizconde se sientan.)
Yo ya la he recomendado,
si bien no lo necesita,
quien diariamente visita...
(Calla! y los dos se han sentado.
A fe que me estoy luciendo!
Cómo! y se rien de mí!
Canario! me siento aquí,
á hacer lo que están haciendo. *(Se sienta enfrente.)*
Conozco al tal mozalvete,
y por mas que lo medito...
qué veo?.. sí, cabalito:
el que la entregó el billete.
Y se rien) jí, jí, jí!
Dicen que nos divertimos.
(¿A qué en resumen salimos
á silletazos de aquí?
Son los tales cortesanos
los mas ridículos entes...
Ola! y me flecha los lentes:
allá van los de mis manos.)
(Le mira por entre las manos gesticulando.)

VIZCONDE. El tio es como el sobrino, *(Se pasea incomodado.)*
soberbio, audaz sin segundo.

BLAS. *(Remedándole.)* Hace un calor furibundo.

INES. (Sí que es bastante ladino.)

VIZCONDE. Ruego á usted que se reporte
si su juguete estoy siendo.

BLAS. No; si es que estoy aprendiendo
las costumbres de la corte.

(*Vuelve á sentarse el vizconde y se rie con Ines.*)

(Otra vez? voto al demonio!
y ella tambien se conjura!
si el sufrimiento me apura,
doy al traste el matrimonio.)
Señorita: es en su mengua
mostrarme así su desprecio
por oir á un tonto á un necio.

INES. Don Blas!

VIZCONDE. Reporte esa lengua.

BLAS. No quiero: en sus contorsiones
yo no le podré imitar,
pero lo que es para hablar
no me gana usté á pulmones.
Ni en puños tampoco cejo,
se lo digo sin rebozo,
que usted es... un junco mozo
y yo soy un roble viejo.

VIZCONDE. Usted me insulta?

INES. (*Interponiéndose.*) Vizconde!
Don Blas!..

BLAS. Sí así usted lo entiende...

VIZCONDE. Vé usted? mi cólera enciende.

INES. A eso no se responde.

ESCENA III.

Dichos.—ALBERTO.

ALBERTO. Pero qué voces son estas?

INES. (Alberto!)

VIZCONDE. (El sobrino ahora!)

BLAS. El señor que me encocora
con sus burlas indigestas.
Que me ha empezado á insultar
y mil visages á hacer,
creyendo acaso que ayer
hemos venido de arar.

ALBERTO. ¿Sabe usted que hacer alarde
de valor con un anciano
es un proceder villano?

VIZCONDE. Caballero!

ALBERTO. El de un cobarde.

VIZCONDE. ¿Puedo escuchar con paciencia...

ALBERTO. ¿Y usted que ve señorita
esa conducta inaudita,
lo tolera en su presencia?
¿Y usted de virtud modelo;
y usted cuya educacion
fue llena de perfeccion
como inspirada del cielo,
tolera que un ente vano
con sus ribetes de necio,
de ese modo haga desprecio
de las canas de un anciano?

BLAS. Bien dicho.

VIZCONDE. Insultos suprima
y sígame usted si gusta.

ALBERTO. No crea usted que me asusta
por su destreza en la esgrima;
que aunque me falte la ciencia,
tengo sobra de valor
para abatir á un traidor
que persigue la inocencia.

INES. Vizconde! (*Conteniéndole.*)

VIZCONDE. No sufro mas:
vamos.

ALBERTO. No me resisto.

INES. Señores, por Jesucristo.
(*Vánse el vizonde y Alberto.*)
Sígales usted, don Blas.

ESCENA IV.

INES.—DON BLAS *sentándose.*

BLAS. Eh! por eso no me apuro.

INES. Es que van de desafío.

BLAS. No llega la sangre al río:
téngalo usted por seguro.

De ese elegante *dandy*
vale mucho la existencia,
y no tendrá la ocurrencia
de esponer su vida así.

INES. (De estuco es su corazon
y su sangre nieve ó hielo.
Qué haré yo Dios mio?.. Vuelo
á verlos desde el balcon.) (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA V.

DON BLAS.

Pues señor, vamos á cuentas,
buen Blas, antes de casarte,
porque debes de pararte
á pensar en lo que intentas.
Tú quiéres casarte?—Sí.
Con una coqueta?—No.
Entonces, Blas, no sé yo
que vayas bien por aquí.
Eres bonito?—No, feo.
Y qué años?—Mas de cincuenta.
Pues debes hacer la cuenta
de que tendrás Cirineo.
¿Sabes bailar la gabota
ó la mazurca polaca?
—Bailo, sí, cuando me ataca
el martirio de la gota.
¿Y crees por Belcebú
que una niña, á tus dolores
atienda? á sus amadores
oirá mientras rabias tú.
Siendo así, ¿no es disparate
que pretendas esos lazos
y te entregues en los brazos
de quien mas pronto te mate?
Guarda, Blas, que te interesa,
tus años y tus doblones,
de lo contrario te espones...
Oh! aquí viene la marquesa.

ESCENA VI.

DON BLAS.—LA MARQUESA *con capota.*

MARQUESA. Señor don Blas! Picarillo!
la ha estado usted requebrando?
BLAS. No, que aquí estaba pensando
en que es usted un diablillo.
MARQUESA. Por qué?
BLAS. El vivir turbulento
en que ni un momento cesa,
es admirable, marquesa.
MARQUESA. Crea usted que es mi elemento.
Jesus! privarme salir
de casa, era asesinarme:
no, no quiero apoltronarme:
vida activa hasta morir.
BLAS. Y qué tal el espediente?
MARQUESA. El oficial encargado
ahora lo ha despachado
estando yo allí presente.
BLAS. Es usted ejecutiva
como usted sola.
MARQUESA. Pues luego!
yo mismo le doblé el pliego,
y le dige «pronto, escriba,
«sacuda usted la pereza
«que todo es una bicoca»
y con la risa en la boca
lo hizo así.
BLAS. Qué sutileza!
Es decir, que sólo falta...
VIZCONDE. Que su excelencia lo apruebe:
iré esta noche á las nueve
y al entrar...
BLAS. Pues, se le asalta.
Siento no haber confiado
á usted lo de mi sobrino.
Se abre usted tan buen camino...
MARQUESA. Y usted como diputado?
Y mas siendo uno devoto
del ministro, se halla traza...

BLAS. Y cómo?
MARQUESA. Se le amenaza...
BLAS. Con qué?
MARQUESA. Con quitarle un voto.
BLAS. Ocurrencia peregrina!
MARQUESA. Le eriza usted los cabellos:
cuando andan á caza de ellos,
es la mejor medicina.
—Pero Ines dónde está ahora?
BLAS. Alterada se ha marchado,
porque, marquesa, ha pasado
un lance...
MARQUESA. Aquí?
BLAS. Si señora.
MARQUESA. Sepamos.
BLAS. Que un atrevido,
muy sabio en hacer piruetas,
aquel de las dos chuletas
y el bigote retorcido.
Haciendo siempre visages
y con muy groseros modos,
aquí delante de todos
me dirigió mil ultrages.
MARQUESA. Pero á usted?
BLAS. Sí, y mi sobrino
que tiene su alma en su almario,
le dijo al punto «Canario!
«rompa usted pronto el camino,
«que si tiene presuncion
«y aliento el rapaz recobra,
«para él tengo que me sobra
«buen puño y buen corazon.»
MARQUESA. Aquí en este gabinete?
BLAS. Si señora, sí.
MARQUESA. Dios mio!
Conque van á un desafío?
Y es á pistola ó florete?
BLAS. Será en lugar de balazos
si á Alberto elegir le deja,
como en Castilla la Vieja.
MARQUESA. Cómo don Blas?
BLAS. A trompazos.

MARQUESA. ¿Dos amigos de mi casa
batirse así? qué locura!
BLAS. Eh! ya tendrá compostura,
quizá de charlar no pasa.
MARQUESA. Una legua á la redonda
corriera por evitar...
BLAS. Si al fin vendrán á parar
en comer juntos de fonda.
MARQUESA. Cree usted...
BLAS. Que si lo creo?
la aseguro á usted que sí:
mediando un títere así
mas resultados no veo.
Por eso ensancho mi alma
y lo oigo cual debe ser:
como quien oye llover.
MARQUESA. Usted me vuelve la calma.
BLAS. Me alegro de ello.
MARQUESA. —He hablado
con Inesita.
BLAS. Y qué tal?
MARQUESA. No se presenta muy mal.
BLAS. (Lo siento.)
MARQUESA. (Se la ha tragado.)
Pero no tiene la pobre
malicia y todo la asusta.
BLAS. (Malicia? vaya! me gusta:
quizá es lo que mas la sobre.)
Pues marquesa, no pretendo
que ejerza usted violencia:
si ella no quiere, paciencia.
MARQUESA. Qué es lo que está usted diciendo?
Se lo mando yo, don Blas,
y accederá aunque la pese.
BLAS. Vaya, el camino no es ese;
no la fuerce usted jamas.
Yo bien conozco que soy
muy vetusto para ella;
sabe tambien que es muy bella
y al cabo...
MARQUESA. (Temblando estoy!)
BLAS. Ademas, la pobrecilla

halla en Madrid su elemento,
y la será violento
enterrarse allá en Castilla.
Y luego aquellas faenas
de los empaques y enredos,
molinos, huertas, viñedos,
y fábricas y colmenas...

MARQUESA. (Y que hombre tan... apreciable
se nos vaya de las manos!..)
Eh! fuera escrúpulos vanos;
todo será remediable.
Yo iré donde mi hija vaya:
á la aldea mas ignota,
y con gusto, mi capota
trocaré por una saya.

BLAS. Marquesa!

MARQUESA. Es un atractivo
que para mí es sin segundo,
porque ya conozco el mundo,
y estoy por lo positivo.
Y en el bufete una vez
y otra la hacienda velando,
con gusto iré dilatando
los dias de mi vejez.

BLAS. (Esta si que es una alhaja.)

MARQUESA. (Le parece bien sin duda.)

BLAS. (Y en efecto que la viuda
no es aun costal de paja.)

MARQUESA. (Que está pensativo infiero.)

BLAS. (Aun hay rastros de belleza:
su rostro inspira franqueza.)
Conque... } *(Casi á un tiempo.)*

MARQUESA. Conque... }

BLAS. Usted primero.

MARQUESA. No, que á usted le corresponde.

BLAS. Hágame usted la merced...

ESCENA VII.

Dichos.—ALBERTO.

ALBERTO. Marquesa, á los pies de usted.

MARQUESA. Hola Alberto! y el vizconde?
¿Por fin quedaron en paz,
ó se cumplió el desafio?
ALBERTO. Perdone usted si me rio
de ese imbécil lenguaraz.
BLAS. No dige yo?
MARQUESA. Pues qué ha hecho?
ALBERTO. Que dejó á mi discrecion
de las armas la eleccion
porque así estaba en derecho.
—Pistolas, le respondí.
—Qué pasos? preguntó.—A tres.
Se asusta, y me dice.—Eso es
á muerte.—Y mucho que sí.
—Es en estremo sangriento.—
El añade balbuciente.
Fíjelos usted, valiente,
le repliqué, y dice:—A ciento.
BLAS. Nada mas? Jesus! qué arrojo!
ALBERTO. No mediaron mas respuestas
que sus humildes protestas
para congraciar mi enojo.
MARQUESA. Y es posible que haga alarde!...
BLAS. Vaya, y qué mas sucedió?
ALBERTO. Vió la hora y se escapó,
esclamando:—Ay Dios! qué tarde!
MARQUESA. Eso es lo que mas me choca;
se marchó?
ALBERTO. Tierra no hallaba
sin mirar que me dejaba
con la palabra en la boca.
MARQUESA. Me queda usted sorprendida.
ALBERTO. Es un lance original.
BLAS. ¿No decia yo que el tal
aprecia en mucho su vida?
(*La marquesa y Alberto hablan bajo.*)
MARQUESA. Cómo! ¿Cónque es el traidor
que contra ella atentaba?
ALBERTO. ¿No la dige que yo estaba
de constante guardador?
MARQUESA. Voy á decirla...
ALBERTO. Por Cristo,

no haga usted tal cosa ahora.

MARQUESA. Pero Alberto...

ALBERTO. No señora;
en mi oposicion insisto.
Juzgaran ellos acaso
al saber esta confianza,
que por una ruin venganza
venia á dar este paso.

BLAS. (Qué hablan ella y mi sobrino?
Si enamorará á la viuda? (*Tose.*)
Sí, sí, Blasito, estornuda
cuanto quieras. Bien! divino!)

ALBERTO. Calla! el tio pretendia...

MARQUESA. Y de que se arregle trato.

ALBERTO. Eso es un asesinato:
marquesa, una alevosía.
¿Casar una criatura
con un viejo? por Luzbel!
tanto á ella como á él
es abrir la sepultura.

BLAS. (Canario! estoy divertido!
me va faltando la calma.)

ALBERTO. Bien; háblela usted al alma,
que yo seré agradecido.
Las ofensas que me ha hecho
no debiera perdonar,
pero ella aun puede ahogar
facilmente mi despecho.

MARQUESA. Mas no con cruel rigor
quiero que su orgullo ofenda.

ALBERTO. La daré para que aprenda,
alguna leccion de amor.

MARQUESA. Muy dura?

ALBERTO. No; se lo juro:
ya cierto plan me he propuesto,
y estoy persuadido que...

BLAS. (*Tirando una silla.*) Esto
pasa de castaño oscuro.

MARQUESA. Don Blas!

ALBERTO. Tio!

MARQUESA. Qué ha pasado?

BLAS. Nada; un dolor que me dió,

pero ya se me quitó.

MARQUESA. Me habia usted asustado.
Se quiere usted acostar?
Tomar algo?

BLAS. No por cierto.

ALBERTO. Sentiria á fe de Alberto
que fuera usted á enfermar,
porque mas que nunca ahora
necesito su eficacia,
pues se anuncia una desgracia...

MARQUESA. Qué dice usted?

ALBERTO. Si señora.

BLAS. Pero sepamos, y cuál?

MARQUESA. Es cosa que nos importe?

ALBERTO. Que se dice por la corte
que hay crísis ministerial.

MARQUESA. Será cierto? Dios divino!

BLAS. Será mentira? no me hagas...

MARQUESA. Adios mis catorce pagas.

BLAS. Y adios tambien tu destino.

MARQUESA. Clara, Clara!

BLAS. Mi sombrero,
dónde está?

(*Aparece Clara.*)

MARQUESA. La carretela,
que la enganchen pronto, vuela.

BLAS. Voy como un gamo ligero.

MARQUESA. Ola! ya viene mi Ines.

BLAS. Hasta luego. (*Váse.*)

INES. Qué ha ocurrido?

MARQUESA. Que hay crísis!

INES. (Se habrán batido?)

ALBERTO. Señoras, beso sus pies.

ESCENA VIII.

LA MARQUESA.—INES.—*Luego* CLARA.

MARQUESA. Me marcho, pues, al momento
por si el ministro está allí,
á que se acuerde de mí
siquiera en el testamento.

(Se dispone para salir á la calle.)

Y en cuanto vuelva, hija mia,
tenemos mucho que hacer,
porque hoy se ha de resolver
esa cuestion.

INES. Qué manía!

MARQUESA. No me vengas con monadas
ni tontas lamentaciones:
ya te he dado mis razones,
y ya sabes que me enfadas.
Pues que la suerte convida
con un hombre que es un Creso...

INES. Con don Blas? No; lo que es eso,
aunque me cueste la vida.
¡Destruir las ilusiones
de un corazon que aun es niño!
¡Querer inspirar cariño
donde no hay ni aun afecciones!
Eso es cruel, inhumano;
ya raya mamá en fiereza,
y es una indigna bajeza
el comerciar con mi mano.

MARQUESA. Si él te tiene un amor fiel.

INES. Pues al contrario, yo no,
y no siendo feliz yo,
mal pudiera serlo él.
Ofréceme, si es que existe,
la mano de un hombre honrado,
cuya edad, genio y estado
mis simpatías conquiste.
Y si es tal la decision
que te obstinas, callaré
y por todo arrostraré:
quieres mas humillacion?

MARQUESA. (Se produce con un tino
que no se que he de decir...
por de pronto desistir
y echar por otro camino.)

CLARA. Señora, cuando usted guste.

MARQUESA. Al momento. Bien Ines:
puesto que tan duro te es,
no es prudente te disguste.

Pero aun hay otro aspirante,
que ni pintado.

INES. No acierto...
El vizconde?

MARQUESA. No por cierto:
ese, ya está buen danzante!

INES. Qué puedes decirme de él?

MARQUESA. Oh! ya se sabe su idea:
déjate que yo le vea.

INES. (Qué zozobra tan cruel!)
Calumniarle, quién ha osado?

MARQUESA. Nadie.

INES. ¿Habrá sido quizás
el sobrino de don Blas?

MARQUESA. Yo niña, no lo he contado.

INES. Pero mi mente lo alcanza
y no me engaño, no es cierto?
Eso es que el tal don Alberto
quiere tomar ruin venganza.

MARQUESA. De qué?

INES. Yo sé la razon,
y me la callo, mamá.
Miserable! ya verá
lo que logra su intencion.
Tú me quieres dar esposo,
no es verdad?

MARQUESA. Sí que lo quiero,
mas no por eso tolero
un enlace vergonzoso.

INES. El vizconde.

MARQUESA. Loca estás.

INES. No, mamá, que estoy muy cuerda.

MARQUESA. El vizconde no se acuerda
de tí para eso; ademas,
si es que te lo ha hecho creer,
quiero por fin revelarte
que es solo por engañarte.

INES. Así te lo han hecho ver?

MARQUESA. Y no lo dudo, que es fama
es un hombre libertino.

INES. Ya verás si hallo camino
de destruir esa trama.

MARQUESA. Medítalo, que es muy serio
y acordaremos despues.
INES. Adios mamá.
MARQUESA. Adios Ines:
voy volando al ministerio.

ESCENA IX.

INES.

Y yo á poner dos renglones
para que venga al instante,
á fin de que arroje el guante
al que inventa esas traiciones.
Oh sueños de mi esperanza!
cumplios, venid en paz,
y vea ese hombre falaz
que impotente es su venganza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

El vizconde, *con una carta en la mano.—El álbum continúa sobre el sofá.*

Puntual soy en la asistencia
segun mi bella reclama:
veremos por qué me llama
con tan singular urgencia.
¿Qué será? (*Leyendo.*) «Tengo interés
«hoy mismo, Vizconde, en verte:
«de ello depende la suerte
«de tu desgraciada—Ines.»
Qué envolverá este misterio?
Si un proyecto conyugal...
Lo que es por ahí, vas mal:
no estoy por lance tan serio.
No será; pero esta carta
me ha inspirado, no se cómo...
Vayamos con pies de plomo,
que la madre es muy lagarta.

Mucho se hace desear:
no, pues yo me voy cansando,
y á fe mia estoy temblando
por si Alberto llega á entrar.
Es que es todo un hombre atroz:
solo á tres pasos batirse!
qué bestia! puede decirse
que de un borrico, una coz.
Aquí llega: Dios bendito!
con cuántos temores lucho!

ESCENA II.

El vizconde.—Ines, *por la izquierda, y* Clara *que se retira.*

Vizconde. Ines, adios.
Ines. Hace mucho
que me esperas?
Vizconde. No; un ratito.
Ines. Que habrás sentido recelo
mi molestia.
Vizconde. No, hija mía.
Ines. ¡Cuantos deseos tenía
de que me hablases del duelo!
Vizconde. Puedes calmar tu impaciencia
por que con bien he salido.
Ines. Pero qué? os habeis batido?
Vizconde. No: el otro quiso avenencia...
Ines. Alberto?
Vizconde. Si. (Si está oculto
me vá á cortar las orejas.)
Ines. Estupefacta me dejas:
él, despues de tanto insulto?
Vizconde. Si eso ya es cosa sabida:
quien de valiente hace alárde,
ese Ines, es mas cobarde,
y nunca espone su vida.
Ademas... no era su afan (*Mostrándose celoso.*)
al hablar con tal calor
ser del otro defensor,
sino... echarla de galan.
Ines. Con quién?

VIZCONDE. Contigo.
INES. Qué escucho?
qué es mi galan Don Alberto?
VIZCONDE. Algo de eso he descubierto,
que en la materia soy ducho.
INES. Vizconde!
VIZCONDE. (Qué buen resorte
son los celos!)
INES. Puedes creer...
VIZCONDE. Hace esas voces correr
la crónica de la Corte.
INES. Pero me haces esa ofensa
á mí, que tanto te adoro?
VIZCONDE. ¿Qué quieres...
INES. Por mi decoro
al menos nunca se piensa.
O te has olvidado, dí,
que nunca mi corazon
dió cabida á otra pasion
que la engendrada por tí?
VIZCONDE. Dices bien, indispensable
es tambien que así lo crea,
para que mi vida sea
en el mundo soportable.
INES. Con que la calma recobras?
VIZCONDE. Y nunca la perderé
si me acreditan tu fe,
mejor que palabras, obras.
INES. Cuanto quieras lograrás.
VIZCONDE. (Cuánto quiera dice! cáscaras!)
Que vayas hoy á las máscaras
conmigo.
INES. Y no quieres mas?
VIZCONDE. Temo pedir un esceso
por que ya lo quise en vano.
INES. Y cuál es?
VIZCONDE. Quiero tu mano
para...
INES. Tuya es.
VIZCONDE. Darla un beso.
} *Con viveza.*
(Se le dá y ambos quedan confundidos.)
INES. (Gran Dios! yo habia creido...)

VIZCONDE. (Sin duda creyó otra cosa:
pues la niña es desdeñosa.)
Perdona, yo no he querido...

INES. (Oh! qué bochornoso lance!...)
Y bien vizconde, es razon
que haya aquí una esplicacion
para salir de este trance.

VIZCONDE. Puedes decir.

INES. Mi mamá
me ha hostigado...

VIZCONDE. (San Antonio!)

INES. A que acepte un matrimonio
que yo he rechazado ya.
Mas tambien por otra parte
presentarla he prometido
el que por mí es preferido,
y por eso fue el llamarte.

VIZCONDE. Y qué quieres que la diga?

INES. La verdad, qué has de decir?

VIZCONDE. (Pues me voy á divertir
si á presentarme me obliga.)
Perdona Ines, ese paso
es ya serio en demasía,
y no pienso todavia...

INES. Y qué hacemos en tal caso?

VIZCONDE. Me resignaré primero...

INES. A que otro sea mi esposo?

VIZCONDE. Tú verás; siendo forzoso...
qué lo he de hacer?

INES. Caballero!
¿Cuál ha sido su intencion
al jurar con lengua impura?...

VIZCONDE. Yo...

INES. ¿Queria por ventura
pervertir mi corazon?
¿Le traia aquí el anhelo
pensando en mi inesperiencia
de atropellar mi inocencia?
Se engañó usted, vive el cielo.
Que aunque en ello sea ducho
desprecio su ingenio loco,
y tengo su amor en poco

al par que mi honor en mucho.
Diria usted, «esa necia
porque yo la ame delira,»
ya no vizconde, es mentira,
pues con rabia le desprecia.

VIZCONDE. Ines!

INES. No, no me reporta
ese mirar altanero:
para tan mal caballero
mi indignacion aun es corta.
Ahora, puede usted dejarme
porque esto se ha concluido.
(*Se sienta en el sofá.*)

VIZCONDE. (Pues señor... quedo lucido.
Si pudiera vindicarme!...)

INES. No lo oye usted?

VIZCONDE. Pero Ines...

INES. Que no quiero oirle advierta;
vizconde, allí está la puerta.

VIZCONDE. Sea. Beso á usted los pies. (*Váse por la derecha.*

ESCENA III.

INES.

Vaya en mal hora el traidor
si abrigar pudo en mi mente
un pensamiento imprudente
que es en mengua de mi honor.
Oh! qué infame alevosía!
y yo que habia creido...
¡qué tarde me he persuadido
de su traidora falsía!
¿Cónque al fin resulta cierto
cuanto mamá dijo de él,
y el vizconde era el infiel
y el honrado es don Alberto?
Qué vergüenza! ¡que corage
ser de este modo humillada
y á un hombre verse obligada
despues de hacerle un ultrage!
¿Con qué valor me presento

infeliz de mí! á sus ojos?
Cómo aplacar sus enojos?...
Tardío arrepentimiento!
Quizás él llegase á hacer
comentarios denigrantes,
y olvidar no debo que antes
es mi orgullo de mujer.
Creo pasos percibir:
cierto; suben la escalera:
me voy, pues sea quien quiera
no sabria que decir.
(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

La marquesa.—Don Blas.

Marquesa. (*Desde el foro*)
Conque á ver si á mis deseos
sabeis hoy corresponder,
y no se olvide traer
buen *Champagne* y buen Burdeos
En fin, que sea soberana
la comida; á trabajar,
porque hoy es preciso echar
la casa por la ventana.
Blas. Loca está usted de alegria.
Marquesa. ¿Y no he de estarlo por Dios,
cuando nos llueve á los dos
tanta ventura en un dia?
Oh! suerte! ¡cuánto me halagas
en tan crítico momento!
¡Bendito sea el testamento
que me da catorce pagas!
Tanto placer me aniquila, (*Se sienta.*)
porque estoy que desatino.
¡Cuando sepa su sobrino
que es ya fiscal de Manila!...
Blas. En efecto, su escelencia
conmigo se portó ahora.
Marquesa. Ines! La haré sabedora
de tan feliz ocurrencia.
(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

DON BLAS.

Este diablo de marquesa
es una ardilla: no hay mas.
Confieso que, á fe de Blas,
vale mas oro que pesa.
De todo entiende el registro,
y siempre en su asunto fija,
lo mismo habla con su hija
que habla con cualquier ministro
Tiene un genio de centella,
y un pico... divinizado.
¡Cuánto, cuánto diputado
quisiera saber lo que ella!
Ahí tiene usted; me cautiva
el temple de esta mujer.
¿Y con la hija que iba á hacer
sino vale su saliva?
¿Quién á una niña sujeta
con humos de cortesana,
bonita, orgullosa y vana,
y por adicion coqueta?
Y á mis años! abrenuncio!
Quita, quita, tentacion,
no quiero ser... la irrision
de nadie; de hecho renuncio.
Y á la madre?... este es el quid:
me atreveré?.. Estoy tentado...
¿Si el cielo habrá decretado
que yo me case en Madrid?
La marquesa, á la verdad,
muy útil me puede ser:
aun no tiene muy mal ver
y allá nos vamos de edad.
Me dan unas tentaciones
de hacerme marques...
(*Aparece Alberto.*)
Dios mio!
me habrá escuchado?

ESCENA VI.

DON BLAS.—ALBERTO.

ALBERTO. Hola tio!
qué hubo?
BLAS. Lee estos renglones. (*Le da un oficio.*)
ALBERTO. Ya soy feliz!. (*Leyendo.*)
BLAS. Bribonazo!
tu capricho se logró.
Quiéres otra cosa?
ALBERTO. No,
sino darle un fuerte abrazo. (*Se abrazan.*)
BLAS. Bien, bien; estoy satisfecho:
ahora que haya buena suerte,
y que cuando vuelva á verte
seas hombre de provecho.
Tienes talento y cordura:
ello te abrirá camino,
y procura en tu destino
honrar la magistratura.
Siendo ese tu afan profundo,
tus virtudes premiaré,
y sino... me olvidaré
de que existes en el mundo.
ALBERTO. No, tio: llevaré impresa
esa advertencia tan sabia,
y crea usted que me agravia...
BLAS. Chist! que viene la marquesa.

ESCENA VII.

Dichos.—LA MARQUESA.

MARQUESA. Oh! Caballero fiscal!...
Rindo á usted mi enhorabuena.
ALBERTO. Gracias.
MARQUESA. Pero me da pena
que sea á una distancia tal.
BLAS. Qué quiere usted? Es su empeño.
MARQUESA. Si usted así lo ha querido..

ALBERTO. He quedado complacido,
porque fue siempre mi sueño.

MARQUESA. Siendo así mi pena cesa,
y le ruego la merced
de que hoy me acompañe usted,
como su tio á la mesa.

ALBERTO. Con mil amores, señora:
mucho el alma lo agradece.
(*La Marquesa y Alberto hablan bajo.*)

BLAS (Cada instante me parece
mas y mas encantadora.)

ALBERTO. ¿Cónque puso en evidencia
su intencion ese hombre aleve?

MARQUESA. Y la pobre no se atreve
á ver á usted.

ALBERTO. Qué demencia!

MARQUESA. Sabe que usted por su honor
velaba, y que un noble celo
le hizo provocar el duelo
por castigar al traidor.

BLAS. (Me gusta! sea enhorabuena!
ya están otra vez! por vida!...)

MARQUESA. Oh! sí; mas arrepentida
que María Magdalena.

ALBERTO. Magnífico! (ah! pobre Ines!
ahora empieza el escarmiento,
pues no he de quedar contento
hasta tenerte á mis pies.)

BLAS. Marquesa, sino la enfada
tengo que hablarla.

MARQUESA. Al instante.

BLAS. (¡Si pretenderá el tunante
jugarme alguna gatada!)
Que sea á solas me interesa
sino tiene inconveniente.

MARQUESA. Oh! no: me es indiferente.
Hasta luego.

BLAS. Adios, marquesa.

ESCENA VIII.

ALBERTO.—INES.

ALBERTO. Llega Ines: la mia es esta.
(*Se sienta volviéndole la espalda.*)
INES. Mamá! (Cielos! Don Alberto!...
á dar un paso no acierto...)
Caballero... (No contesta.)
(*Hace ruido con las sillas.*)
(Jesus que corage, qué ira!
No, pues en hablarle insisto! (*Tose.*)
Nada! jesus! está visto
que aunque le maten no mira.
Yo le tenderé otra red
y caerá en ella creo.)
Señor don Blas... (*Adelantándose.*) Ah! qué veo?
yo creí... perdone usted.
ALBERTO. Pues ya está usted perdonada.
Soy yo.
INES. (Y me deja marchar!)
ALBERTO. (Si espera que yo he de hablar
está muy equivocada.)
INES. (Ah! ya tengo otro recurso
que es mucho mas peregrino.)
Cónque... se logró el destino?
ALBERTO. Sí.
INES. (*Despues de una pausa.*)
(Ya se acabó el discurso.)
Y marcha usted pronto, Alberto?
ALBERTO. Tengo antes con la marquesa
un asunto que interesa
concluir.
INES. (La boda es de cierto.)
Pero tan grave será
y de tanta duracion...
ALBERTO. Acaso.
INES. ¿Hay conspiracion
contra un tercero?
ALBERTO. Quizá.
INES. (Por convencimiento pleno
se que soy yo; lo he de ver.)

¿Y si yo pudiera hacer
que ahorrasen mucho terreno?

ALBERTO. Sino usa mas claridad...

INES. Hacerlo así me acomoda.
Francamente, no es de boda?

ALBERTO. Pues francamente, es verdad.

INES. Ay Alberto! no era digna
por las ofensas que le he hecho,
de que en lugar de despecho
merezca accion tan benigna.
Perdon, pues, por mis agravios,
que para tanto hay razon,
si lee en mi corazon
lo que le callan los labios.
Le he ofendido mucho, es cierto,
pero debe el cargo hacerse
que algo debe concederse
á un corazon inesperto.
(*Alberto toma el álbum.*)
El Eterno que nos mira
desde el trono de su altura,
sabe cuan ardiente y pura
es la pasion que me inspira.
Le juro á usted...

ALBERTO. (*Ofreciéndola el álbum y parodiando la escena IV del acto primero.*)
No; adelante.
No olvide usted lo que ha dicho.

INES. Caballero!

ALBERTO. Es un capricho:
está usted edificante.

INES. No le comprendo.

ALBERTO. Es razon
ya que está usted para ello,
que enriquezca su álbum bello
con alguna inspiracion.

INES. Se burla usted?

ALBERTO. No á fe mia:
fuera impropio este recurso,
cuando admiro su discurso
tan lleno de poesía.

INES. (Comprendo!)

ALBERTO. (Esto es la parodia
de lo que hizo esta mañana.)
INES. (Cabe suerte mas tirana!)
ALBERTO. (La hace efecto la rapsodia.)
INES. Y bien, Alberto, acabemos
por fin de alguna manera.
ALBERTO. Corriente; como usted quiera.
Hable, y nos entenderemos.
INES. Ese asunto que le agovia,
no es, confiese usted por Dios,
el enlace de los dos?
ALBERTO. Pero si usted no es la novia.
INES. (Qué escucho, vírgen divina!)
ALBERTO. Suyo es, no mio, el error.
INES. Y mamá...
ALBERTO. Me hace el favor
de servirme de madrina.
INES. (Que vergüenza! Dios del cielo!)
ALBERTO. (Venganza casi completa!
¡Qué bien está una coqueta
arrastrada por el suelo!)
Por eso, Ines, no riñamos:
usted es quien lo ha querido.
INES. Pues luego! nada hay perdido:
amigos al fin quedamos.
ALBERTO. Me place; y si me confirma
tan generosa merced,
quiero que en su álbum de usted
quede en memoria mi firma.
INES. Pues no? en ello soy gustosa:
sabré apreciar su recuerdo.
ALBERTO. Voy á intentar si me acuerdo....
En fin, pondré cualquier cosa.
INES. Usted es algo poeta.
ALBERTO. Oh! no. El tio donde está?
INES. En esa sala quizá.
ALBERTO. (Prepárate á otra saeta.)
(*Vase por la izquierda llevándose el álbum.*)

ESCENA X.

INES.

¿Habrá alguna criatura
mas desgraciada que yo?
Puede haber mas desventura?
¿Aun cabe mas amargura
que la que he apurado?... No.
Dos veces ya avergonzada,
y á mas en mi orgullo herida,
¿qué me importa, desdichada,
que la muerte despiadada
corte el hilo de mi vida?
¿Qué me importa, si este mundo
solo abrojos me presenta,
y este pesar tan profundo
eterno será y fecundo
para morir con su afrenta?...
Es dulce mirar las flores
por el céfiro mecidas,
y triste si sus olores
con sus hojas de colores
van por el aura perdidas.
Dulce es vivir esperando
con seductora confianza,
y es triste la vida, cuando
se va ingrata disipando
la pasagera esperanza.
Pobre Ines! ¿Do se perdieron
tus ilusiones de gloria?
donde, infeliz? qué se hicieron?
sin duda que sueños fueron
y están solo en tu memoria.

MARQUESA. (*Desde dentro.*)
Clara! Clara!

INES. Mi mamá!
Miedo me da su presencia.
(*Váse por la puerta izquierda.*)

ESCENA XI.

La Marquesa, *foro izquierda.*—Clara, *foro derecha.*

Marquesa. Voy á hacerte una advertencia.
Clara. Qué manda usted?
Marquesa. Ven acá.
¿Has dado disposiciones
para que todo esté listo?
Clara. Descuide usted, que ya he visto
dispuestas las provisiones.
Marquesa. Corriente; cuidado lleva
de que haya lo necesario,
y sácate del armario
la mantelería nueva.
Ve tambien á la cocina
que en todo es preciso estar,
y no te olvides sacar
todo el servicio de china.
Clara. Está bien.
(*Se oye una campanilla.*)
Marquesa. Que llaman.
Clara. Voy. (*Vase.*)
Marquesa. Qué ocurrirá? Voy á ver.
No es facil que haya mujer
tan feliz como yo soy.
Segura estoy que ninguna,
y esto me llena, me engrie
pues en todo me sonrie
la caprichosa fortuna.

ESCENA XII.

Alberto *con el álbum, luego* Ines.

Alberto. Inesita! (*Llamándola desde la puerta.*)
Ines. Ya está escrito?
Alberto. Sí. De mi pobre talento
una muestra la presento.
Ines. Con mucho gusto la admito.
Alberto. Si por impropios acusa
mis versos de este lugar,

puede la hoja arrancar...
INES. Del vate es libre la musa.
ALBERTO. Sentiré no satisfaga...
INES. Lea usted.
ALBERTO. Me da rubor...
INES. Vamos, haga usted favor.
(*Se sienta en el sofá.*)
ALBERTO. (*Leyendo.*)

AMOR CON AMOR SE PAGA.

«Dísteme fieros desdenes
«en premio de mis amores
«y ofreciendo tus favores
«arrepentida ahora vienes!
«No envenenes
«de mi corazon la llaga,
«porque es inutil afan
«querer que olvide el refran
«de *amor con amor se paga.*

—

«Te hablé de amor, no me oiste:
«tu odio al ver, te aborrecí,
«que á quien le odia, paga así
«el corazon de este triste.
«Se resiste
«el comprender que tal haga
«quien tan de veras amó,
«mas no el que nunca olvidó
«que *amor con amor se paga.*

—

«¿Dices que por mí suspiras,
«por qué te has arrepentido?
«Ah falsa! falsa! En mi oido
«se estrellan tales mentiras.
«Si tus iras
«me hicieron mortal la llaga,
«me ha de ablandar tu lamento?...
«quien hizo un cesto, hará ciento:
«*amor con amor se paga.*»

INES. (*Despues de una pausa y con encono.*)

Bien están!

ALBERTO. Qué dice de ellos?

INES. (Desventurada lectura!)
Se advierte mucha soltura:
mucha intencion: son... muy bellos.

ALBERTO. (Qué ojos! no hay quien los resista.)
Complacerla es cuanto ansío.
(*La da el álbum, y ella lo arroja con rabia.*)
Me está esperando mi tio.

INES. Servidora.

ALBERTO. Hasta la vista.
(*Váse Alberto por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

INES, *con desesperacion.*

¿Posible es que esto suceda
á la que tuvo á sus pies
tantos hombres? Ea, Ines,
solo un camino te queda.
Don Blas será insoportable,
pero en cambio, su riqueza
deslumbrará la pobreza
de ese necio miserable.
A qué he de pensarlo mas?
Me atrevo?... Está decidido:
el caso es tener marido
y llámese Alberto ó Blas.

ESCENA XIV.

INES.—LA MARQUESA.

MARQUESA. Ines de mi corazon!
cuánto anhelaba encontrarte!

INES. Yo tambien para implorarte...

MARQUESA. El qué hija mia?

INES. (*Arrodillándose.*) El perdon.

MARQUESA. Perdon demanda tu boca
y te arrastras por el suelo,
hoy que nos llueve del cielo

por do quier fortuna loca?

INES. Pero vas á perdonarme?

MARQUESA. Pues no te he dicho que sí?
Mas antes óyeme á mí:
sabes que voy á casarme?

INES. A casarte? Loca estás.

MARQUESA. Se lo que digo muy bien.

INES. Dios mio! pero... con quien?

MARQUESA. Con quien, Ines?... Con don Blas.

INES. Ya la paciencia me falta
para sufrir tanto, tanto.
Con Don Blas?

MARQUESA. Sí, y ¿á qué santo
tu imaginacion se exalta?

INES. Al ver mi suerte cruel,
me aburro, me desespero.
Cuando yo á ese hombre prefiero
vas á casarte con él?...

MARQUESA. Estás dada á Barrabás?
(Qué rara coincidencia!)
Yo acibarar tu existencia?
Oh! no lo pienses jamas.
De ese horrible cautiverio
la conciencia me acusara,
y me echarias en cara
aquello de cementerio.

INES. El corazon se me abrasa!

MARQUESA. Y Alberto?

INES. Por Belcebú,
¿ignoras acaso tú
que al fin con otra se casa?

MARQUESA. Lo ignoro.

INES. Cielos! qué idea!
no te ha hablado de tal cosa?

MARQUESA. No.

INES. (Quizás red ingeniosa
por solo humillarme sea.
Y en ese caso...)

MARQUESA. Ines calla,
que los dos vienen aquí.

ESCENA XV.

Dichas.—Don Blas.—Alberto.

Blas. Ya mi correo escribí,
como dicen, de batalla.
Ines aquí? Bien! Albricias!
Marquesa. Pero chica muda estás?
Ines. Muy buenos dias, Don Blas.
Blas. Sabe ya nuestras noticias?
Marquesa. Si señor.
Blas. ¿Qué la parece
nuestro enlace proyectado?
Ines. Es sumamente acertado:
todo mi elogio merece.
Blas. Eso es tan claro, tan obvio
que duda no cabe ya.
Alberto. Oh! qué lástima me da (*Dirigiéndose á Ines.*)
que pierda usted ese novio.
Ines. Se burla usted, caballero?
Alberto. No, Inesita: es una chanza:
doy treguas á mi venganza
en prueba de que la quiero.
Ines. Será posible?
Alberto. No hay mas:
me inspira usted compasion,
y ademas, mi corazon
no la aborreció jamas.
Ines. Y esa boda?
Alberto. Fingimiento
fue solo por egoismo.
No habrá ya mas coquetismo?
Ines. No fue duro el escarmiento?
Alberto. Silencio. Tio, Marquesa,
ya que reinan en la casa
satisfacciones sin tasa,
darles quiero otra sorpresa.
Marquesa. Diga usted.
Alberto. Ines y yo
nos amamos con vehemencia,
y aguardamos su licencia...
Marquesa. Para casarse? Pues no?

BLAS. Magnífico! Así los cuatro
nos casamos en un dia:
comemos en compañía
y por la noche... al teatro.

MARQUESA. Y cuándo ha de ser?

INES. Por mí,
hoy mismo si quiere Alberto.

ALBERTO. Hoy mismo, Ines? No por cierto:
dentro de cuatro años, sí.

MARQUESA. Cuatro años?

INES. Qué es lo que escucho?

BLAS. Sobrino, que eso me enfada.

ALBERTO. Hoy tio no valgo nada:
quizá entonces valga mucho.
A los cuatro años vendré
apasionado como hoy,
y si de ella amado soy,
mi promesa cumpliré.

INES. Pero...

ALBERTO. Al volver de mi viage
si usted lo quiere, corriente:
séame usted consecuente,
y así olvidaré su ultrage.

MARQUESA. Eso ya es mucho rigor.

BLAS. Tiene un carácter violento, *(A la Marquesa.)*
no cede.

ALBERTO. Es el complemento
de mis *lecciones de amor.*
Y por si llega á saber
el mundo nuestra historieta,
quizás alguna mujer
con ella aprenda á no ser
orgullosa ni coqueta.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

Madrid: *librerías de Cuesta, Rios, Matute y Publicidad.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Cuartero.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Monet.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Vergara y Compañia.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. de Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Benavente.	Blanco.
Bilbao.	Velasco.
Burgos.	Calle.
Cáceres.	Gallardo.
Cadiz.	Moraleda.
Córdoba.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Palahi.
Gijon.	Abreu.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Marsch.
Huelva.	M. Lopez.
Huesca.	Martinez.
Jaen.	S S. Sagristá y Compañia.
Játiva.	Bellver.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Redondo.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Ruiz.
Málaga.	Medina.
Murcia.	Andrion.
Orense.	Novoa.
Oviedo.	Sanz.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Brizuela.
Palma.	Rullan-Hermanos.
Pamplona.	Imprenta de la Ilustracion.
Pontevedra.	Andrade.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonnet.
Santander.	Riesgo.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
S. Sebastian.	Baroja.
Sevilla.	Fee.
Salamanca.	Torres.
Tarragona.	Puygrubi.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Perez.
Ubeda.	Gorriz.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Rodriguez.
Vitoria.	Ormilugue.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa.